



En efecto, no hay ciudad o pueblo del Perú que no tenga un historiador. A veces se trata de un profesional, adiestrado académicamente y en condiciones de realizar libros tan heterogéneos y vastos como los que Romero y Varallanos dedicaron a Puno y Huánuco respectivamente; pero en la mayoría de los casos el autor es un intelectual apenas reconocido en la localidad, vinculado al periodismo o al magisterio que, carente de método pero con entusiasmo, se dedica a recopilar lo que considera como acontecimientos más notables del lugar. En esos relatos se confunden fechas precisas con datos recreados por la tradición oral. Memoria e imaginación carecen de fronteras definidas.

En este siglo —para no remontarnos a los orígenes—, la historia regional tuvo un primer momento importante durante el decenio de 1920. Mencionamos líneas atrás a Emilio Romero; podríamos añadir a Castro Pozo en Piura y Abelardo Solís en Jauja, todos ellos alentados por la corriente indigenista: exaltaban lo indio a la par que arremetían contra Lima. Respuesta lógica frente al agobiante centralismo que significaba el régimen de Leguía. En los años que siguieron, el género parece abandonar los ambientes académicos, para propalarse por todo el país, con ayuda de esas pequeñas librerías e imprentas provincianas, como los Andes de Puno. No hay provincia de ese departamento que no cuente con una monografía. Pero el centralismo ha conducido —entre otras muchas injusticias— a ignorar esta labor. Recién en estos días, gracias a Lorenzo Huertas y el editor Salazar hemos podido “descubrir” esa referencia importante de los estudios etnohistóricos que es el libro de Víctor Navarro *Las tribus de Ancku Wallock*.

La historia regional nos ha deparado algunos libros realmente imprescindibles. Un ejemplo adecuado sería esa *Historia social del Cusco Republicano* de José Tamayo: en sus páginas la inculcable emoción del escritor que desde la capital reconstruye el pasado de su provincia, se combina adecuadamente con una prolija búsqueda documental. Pero es preciso admitir que frente a libros como éste, en el balance se deben sumar muchos otros —demasiados— que entienden la historia como sinónimo de fechas. En ellos el razonamiento retrocede frente a la retórica y un desbordante mal gusto: secuelas de las actuaciones cívicas y de muchos deplorables libros escolares. En otros casos, pareciera que el autor se siente cumpliendo con una penosa obligación; dando como resultado informes tediosos.

Entre estos libros desiguales se pueden descubrir aportes inesperados. Hacia 1949, cuando pocos escribían sobre Túpac Amaru y entre esos, la mayoría discutía si fue o no fue precursor, alguien en Canas se aventuró a recorrer los escenarios de la “gran rebelión”, elaborar con los

# La historia como recuerdo

Alberto Flores Galindo

La historia, felizmente, no interesa exclusivamente a los historiadores. Así como los individuos requieren de memoria, las colectividades no pueden existir sin recuerdos.

Por eso, en definitiva, la tarea de cualquier historiador consiste en organizar estos recuerdos. Entendido así el oficio, podríamos descubrir que hay más historiadores de los que suponemos.

**B A I L E**  
DADO POR  
**ENRIQUE METZGS**  
EN  
CELEBRIDAD DE LA INAUGURACION  
DEL  
**FERROCARRIL DE MOLLENDO A AREQUIPA**  
AREQUIPA, ENERO 2 DE 1871.  
**MENU DE LA CENA.**  
SOPAS:  
A la Reina. — A la Consomé.  
**HORS-D'ŒUVRES SURTIDAS.**  
Mayonesa de corbina. — Jamones decorados á la Moderna. — Galantina de pavo real á la Orleans. — Pasteles de aves en costras. — Chanchitos de leche á la Chérvy. — Pirámides de camarones. — Queso de chanco en Bella-Vista. — Lomitos á la Jardinera. — Lenguas á la Imperial. — Ensaladas de gallinas á la Turca. — Cabritos rellenos á la Criolla. — Patos á la Inglesa. — Pavos rellenos á la Périgord. — Pollas de Buissons. — Ganzos rellenos á la Francesa. — Roast-beef glacé. — Sandwiches. — Salchichon de Lyon.  
**PIEZAS MONTADAS.**  
Macedoine de frutas. — Queso Bavaois. — Crema á la Inglesa. — Puding Diplomático. — Pastelitos. — Confites. — Canastas de frutas. — Queso.

instrumentos que disponía un mapa de las rutas y enfrentamientos militares, a la par que fue recogiendo la tradición local sobre ese lejano suceso. Desde el recuerdo de esos pueblos del sur andino, Juan de la Cruz Salas, hasta hace algunos años profesor en el colegio Garcilaso del Cusco, propuso la imagen de un verdadero revolucionario, seducido por una especie de comunismo agrario. Probablemente aquí el recuerdo se mezclaba con la lectura de Mariátegui y con la prédica a veces mesiánica de los viejos comunistas cusqueños, pero al margen de todas estas interferencias, la obra de Cruz Salas se alejaba de la retórica habitual y sugería un nuevo camino para investigar un viejo tema: unir la historia con la antropología, la lectura de documentos (Cruz Salas hizo la primera genealogía de Túpac Amaru), con la observación sobre el terreno. Hace apenas algunos años, en un país muy diferente, Francia, un historia-

dor profesional, Philippe Joutard, ha descubierto las posibilidades que abre la memoria colectiva para estudiar un levantamiento campesino de comienzos del siglo XVIII: los “camisards”. La historia oral al servicio de la larga duración. Cruz Salas había indicado antes el mismo camino. Sin embargo sus obras no figuran habitualmente en las bibliografías sobre Túpac Amaru y todavía menos en los recuentos o balances sobre la historia en el Perú. (1).

Pocos se han propuesto acortar las distancias entre la historia como actividad profesional y este fructífero quehacer de aficionados. Sería imprescindible realizar una sucinta relación de textos publicados. Pero todavía resultaría más útil poner al servicio de estos autores, los medios que disponen los centros de investigación. La sugerencia es válida para todos aquellos que dicen preocuparse por la cultura

popular. No es una idea original. Tanto el Taller de Estudios Andinos, en la Universidad Agraria, como el Seminario de Historia Rural Andina, en San Marcos, han publicado dos importantes monografías sobre Cañete y Pacopampa. Para este último caso, no faltó el respaldo del club Pacopampa-Lima. La historia local mantiene la identidad y es otro vínculo con la provincia: las múltiples agrupaciones de migrantes —alrededor de 5 mil en la capital—, la asumen como una tarea (2).

En la encrucijada de la historia regional con el moderno estilo periodístico de los fascículos coleccionables, se ubica la labor tenaz de Juan Guillermo Carpio, profesor en la Universidad de San Agustín. Bajo el título de *Texao* (la flor de Arequipa), Carpio se ha propuesto dibujar periódicamente la imagen de su ciudad alrededor de un personaje central: Francisco Mostajo (3). El autor alterna la narración bio-

gráfica, con el relato de anécdotas, la reproducción de documentos, fotos poco conocidas, canciones de la época, versos, medallas, avisos de periódico, además de algunas notas y una útil cronología. La historia local referida con sosiego, sin premura pero con amenidad. Podríamos lamentar, sin embargo, que un autor de formación sociológica como Carpio, no haya conseguido integrar (por lo menos en los trece primeros números que hemos podido consultar), el relato de acontecimientos políticos, con la suficiente información demográfica o los datos sobre la coyuntura económica. La alimentación cotidiana, el costo de las subsistencias, las variaciones en la natalidad o mortalidad, las epidemias. Tanto la cartografía como la semiología gráfica pueden hacer entretenido cualquier conjunto abigarrado de cifras.

En las páginas de *Texao* nos enteramos de la venta, durante el siglo pasado, de un elixir de coca: “Este licor es un excelente tónico para el estómago tomando una copita en ayunas y otra antes de la comida”. Vemos Arequipa destruida por el devastador terremoto de 1868 y cómo iban variando, año a año, las calles y edificaciones en el puerto de Mollendo. El lector puede interrogar directamente a los propios testimonios, como esos apuntes manuscritos de Santiago Mostajo, y revisar el plano de la ciudad en 1871.

Una anécdota, cómo el menú en la cena de inauguración del ferrocarril Mollendo Arequipa, puede resumir toda una época: la encandilación europea de las clases altas, el lujo, la ostentación, el tiempo disponible para una cena prolongada; pero con estos testimonios se corre el riesgo de identificar historia con curiosidad. El pasado como una especie de desván. El desafío consiste en articular esos acontecimientos únicos e irrepetibles (que aportan todo el sabor de una situación), con las tendencias de conjunto y las grandes perspectivas: lo excepcional con las regularidades. En este contrapunto radica el secreto de un gran fresco histórico. En el género de los fascículos escogido por Carpio —tan respetable como la opción de elaborar libros— un buen ejemplo sería esa serie dedicada a la historia del movimiento obrero que editó Eudeba en Argentina.

Carpio, más allá de toda atinencia, ha renovado con gran ingenio, en función del público, esa historia regional que como hemos visto, cuenta con una rica tradición en este país.

- (1) *Mi kuraka Tupak Amaru*, Huaró, Tip. Vilcanota, 1943. *Vástagos del Inti*, Cusco, ed. Garcilaso, 1950.
- (2) Nicanor Cueva Alarcón, *Pacopampa*, Lima, UNMSM, 1982.
- (3) *Texao/Arequipa y Mostajo*. Carpio también es responsable de la cuidadosa diagramación. Anteriormente publicó un estudio sobre la SAIS Buenavista (1975) y una elogiada monografía del Yaravi.